



El
REINO
MUERTO

Una novela de Cado Ezechiar

JOHN FRENCH

minotauro



El REINO MUERTO

Una novela de Cado Ezechiar

JOHN FRENCH

minotauro

Cado Ezechiar nº 02 El reino muerto

Published by Black Library, 2024
Copyright 2025 © Games Workshop Limited

The Dead Kingdom, Cado Ezechiar nº 02 El reino muerto, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Reservados todos los derechos.

Originally published as *The Dead Kingdom*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2024

Ilustración de cubierta: Alexander Mokhov.

ISBN: 978-84-450-1895-8

Depósito legal: B. 13.930-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



CAPÍTULO UNO

—¿Qué es eso? —preguntó Cado. La ventisca le tiraba de la capa mientras señalaba con el dedo en dirección a la cresta que se extendía delante. A su espalda, la presencia borrosa de Solia se movió.

~Es... —Solia vaciló—. Es un mortal.

—¿Vivo? —inquirió Cado.

~Sí, pero débil, y cada vez más.

Cado mantuvo la mirada fija. Una cortina de esquirlas blancas se arremolinaba delante de sus ojos. Estaban muy cerca de la frontera entre aquel inframundo y el siguiente, a mucha altitud en una cadena montañosa con la forma de gigantescos cráneos de granito destrozados. Los valles eran las grietas que recorrían las coronillas y los espacios entre los dientes. En las cuencas oculares vueltas hacia el cielo, había glaciares, y los campos de nieve eran las barbas en los mentones de roca. Cado no sabía si eran los cráneos de criaturas que habían vivido o la obra de las creencias que habían modelado esa región del Reino de la Muerte. Se pasó la mano por encima del hombro con cautela y desenfundó la espada. El viento gimió al contacto con el filo del acero.

~¿Hueles sangre? —preguntó Solia.

Cado negó con la cabeza y echó a andar por la cresta. La costra de nieve crujía bajo sus botas antes de que se hundieran en el polvo de debajo. El frío le clavaba alfileres por todo el cuerpo, pero no hizo caso al dolor y continuó avanzando. La maldición pudrealmas en sus venas quitaba y daba muchas cosas. Ni siquiera los mares más profundos podían ahogarlo, y solo las heridas más graves y la magia más potente podían acabar con él. Sin embargo, todavía sentía el dolor. La nieve, el viento y el hielo de las montañas no lo matarían, pero se lo harían pasar muy mal.

El aire estaba impregnado de magia, poderosa, implacable y despreciable. Y había empeorado a medida que ascendían hacia el paso montañoso. La ventisca rápidamente ocultó lo que un día fue un cielo radiante y los picos parecían cambiar y moverse como si se burlaran de su intención de alcanzarlos. Cado había oído recuerdos que le gritaban desde el aire: el grito ahogado de su madre cuando el cuchillo la degolló; su hermana, Jakinda, llamándole desde la pira del palacio; todos los gritos de su reino mientras el fuego lo consumía.

Viajar entre las regiones de Shyish era algo más complejo que cruzar fronteras geográficas. Cada inframundo era un lugar único. Las creencias de los vivos conformaban esas tierras, les daban las características y las peculiaridades como hogar para las almas de los muertos. La magia de la muerte, particular de cada reino, era su sustancia y su poder. No era fácil cruzar sus fronteras; hacía falta una gran fuerza de voluntad o magia, o las dos cosas. Antes incluso de que la era del Caos mancillara el reino, los mortales habían emprendido esa clase de viajes con sumo cuidado. Por eso todo aquel que había vivido en esa tierra dejó marcado un camino a través de las montañas hasta uno de esos sitios donde pasar, si bien no era fácil, por lo menos era en comparación sencillo. Ese era el camino que seguía Cado, una ruta rápida a través del Reino de la Muerte hasta la lejana Lethis, la Ciudad de los Cuervos, donde esperaba hallar por fin a su presa y cobrarse su venganza.

Había encontrado los menhires grises que indicaban el comienzo del camino en las estribaciones y enfiló por el camino que bordeaban hacia el cielo frío que envolvía las cimas. Había magia en las piedras,

un dolor antiguo, apagado, que él sentía en la piel, una brasa brillante de poder olvidado. Cuando la nieve empezó a cubrir el suelo, Cado decidió seguir las piedras en vez de intentar ver el camino que se extendía delante de él. Luego las piedras fueron espaciándose, incluso había pasado junto a algunas que no eran más que escombros. Otras habían desaparecido o el eco de su poder era tan débil que no las sentía hasta que llegaba a su lado.

Cuando no era capaz de encontrar el camino, convocaba a Solia para que le ayudara. Se tocaba el gastado anillo de hierro que llevaba en el dedo índice de la mano derecha y ella aparecía, flotando a su espalda, siempre fuera de su vista, y le hablaba con una voz clara incluso cuando hacía viento. Solia era capaz de ver a través de la magia y la nieve, pero incluso ella sufría, y el rencor de la magia que impregnaba el aire tiraba de su forma espectral. A pesar de que sabía que no habría servido de nada sugerirle que diera media vuelta, Cado no necesitaba oír su reproche para sentirlo.

~El camino directo no suele ser el mejor, mi príncipe —le había dicho Solia cuando él le contó la ruta que había decidido seguir.

—Si la Mano Ardiente sabe que voy... —comenzó a replicar él.

~Lo sabe. Tienes que dar eso por sentado. Sabe que vas tras ella, y es posible, incluso probable, que estés siguiendo el camino que ella te ha dejado preparado. Cuando un enemigo te pone un vaso delante, es estúpido beber de él.

—Cruzaré el paso por el oeste —aseveró Cado, y ese fue el final de la discusión.

Más de una vez se había cuestionado la decisión mientras ascendía por las montañas y el viento y el hielo lo hostigaban. Solia tenía razón, pero no importaba; no sería la primera vez que perdía el rastro de la Mano Ensangrentada y no estaba dispuesto a permitir que se le escapara esta nueva pista. De manera que no se rindió y continuó ascendiendo por los cráneos de piedra destrozados, a través de los aullidos de voces perdidas y el viento cortante.

Entonces vio la figura en el camino un poco más adelante.

Se encontraba en el borde de la cresta de lo que vendría a ser una cuenca ocular. A un lado había una caída al interior del ojo y, al otro,

una pendiente escarpada cubierta de nieve, piedras sueltas y hielo. Cado la había divisado al mirar arriba coincidiendo con que los remolinos de la ventisca se habían desplazado. Tenía el cuerpo pegado al suelo, semicubierto por la nieve, y lo habría tomado por una piedra de no ser porque se había movido.

Cado desenfundó la espada y avanzó con cautela.

Hasta que estuvo a dos pasos de la figura no distinguió la forma de una cabeza humana, con media cara tapada por una capa marrón y la barba cubierta de hielo. Era un hombre, con los brazos y las piernas flexionados, hecho un ovillo como si fuera un niño, con los ojos cerrados.

~¿Qué estará haciendo aquí arriba? —se preguntó en voz alta Solia.

—Morir —respondió Cado. Se arrodilló junto a la figura encogida. A pesar del viento aullante, oyó los latidos de su corazón, las débiles pulsaciones de calor que recorrían su cuerpo.

Una vida que se apagaba, la súplica de un final rápido... La invitación a alimentarse, a apoderarse del calor de aquella alma antes de que se perdiera en el hielo y el aire gélido...

Cado dejó a un lado el instinto y puso una mano en el hombro del desconocido. Tras un momento de quietud, el hombre levantó la cabeza asustado y su boca rosada se abrió, aunque mantuvo los ojos cerrados. Cado vio entonces las abrasiones del hielo en su piel y las lágrimas y el pus que se habían congelado en sus cuencas oculares. El hielo mantenía sellados sus ojos.

—No te muevas —dijo Cado forzando un tono de voz tranquilizador—. No voy a hacerte daño.

Una nube de vaho salió de la boca del hombre. El débil ritmo de su corazón se había acelerado por un momento, pero recobró su cadencia de funeral.

—Piadoso Sigmar, ilumina... ilumina con tu luz a los fieles —farfulló el hombre, y sacó las manos de debajo de la capa. Aferraba en sus dedos un pequeño amuleto, un martillo de bronce con un cometa en la cabeza. Su piel congelada estaba adherida al metal—. Soy un fiel... —añadió con un débil murmullo—. Soy... —Volvió a esconder la mano debajo de la capa y dejó caer la cabeza.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Cado.

—La... pierna... —masculló el hombre moviéndose como si intentara alcanzar su pierna con la mano.

Cado levantó el borde tieso de la capa. El hombre tenía la pantoquilla derecha doblada debajo de él, formando un ángulo imposible si no tuviera los huesos destrozados.

~No estaba solo —terció Solia—. Sus compañeros han dejado unas cuantas mochilas un poco más arriba.

Cado echó un vistazo arriba y divisó las mochilas ya medio sepultadas bajo la nieve. Un trozo de tela azul ondeaba azotado por el viento.

~Él no pudo continuar y los demás...

—Lo abandonaron para que muriera —dijo Cado.

~Sabían que no podían cargar con él hasta el paso —concluyó Solia su frase.

—La compasión humana.

~La necesidad de vivir.

—¿Qué hacen aquí?

~Lo mismo que cualquiera que sigue este camino: huir con la esperanza de llegar a un lugar seguro.

Cado asintió. Aquel inframundo era cruel, implacable con los vivos. Sus tierras estaban infestadas de los espíritus rencorosos de los muertos. Él había elegido atravesarlo porque era la ruta más rápida, pero con mucho cuidado de no entretenerse para que no cayera con toda su fuerza su desprecio sobre él. Los seguidores de Sigmar eran menos prudentes.

Los mortales, alentados por la fe y el mandato divino, estaban expandiéndose de nuevo por los inframundos con la esperanza de recuperarlos y convertirlos en las tierras de una nueva era. En opinión de Cado era un acto de ingenuidad y estupidez supremas.

—Abandonar un sueño frustrado y sustituirlo con la esperanza de otro —musitó.

—Luz... —balbuceó el hombre como si replicara a Cado—. Calor..., hogar.

Cado bajó la mirada hacia la cara quemada por el hielo y se preguntó qué vería ese mortal moribundo si pudiera abrir los ojos: una

figura harapienta con la espada desenfundada, la capa y la capucha cubiertas de hielo, los ojos azules y el cabello negro, las manos y el rostro tan pálidos que parecían esculpidos en la misma nieve que caía copiosamente del cielo. No era una imagen reconfortante.

—Toma —dijo, y empujó un trozo diminuto de plata para introducirlo junto al talismán del martillo entre los dedos apretados del hombre. Era una pequeña flor metálica, una rosa hecha con plata de monedas de sepulcros. El alma del mortal que moría con ella en la mano pasaba a la vida de ultratumba en la que creyera y escapaba de los tormentos de Nagash. Al menos eso era lo que creían sus creadores y, como ocurría con muchas otras cosas en los Reinos Mortales, creerlo lo convertía en verdad.

—Soy un... fiel. Sigmar..., protege mi alma —balbuceó con un hilo de voz el hombre sujetando la diminuta rosa—. Gracias... ¿Quién...?

Cado se quedó quieto. El corazón del hombre latía cada vez más despacio.

—Me llamo Cado —dijo.

Los labios del moribundo se separaron como si fuera a decir algo. Luego su corazón latió una última vez y ya no salieron más sonidos de su boca.

Cado continuó sin moverse un momento, esperando a percibir cómo el alma del hombre salía de su cuerpo.

Una ráfaga de viento barrió la cresta con el estridente aullido del resentimiento de la magia. Cado se estremeció cuando el hielo colmó sus sentidos.

Una risa... El crepitar del fuego devorando su cuerpo... Entornó los ojos.

~Príncipe...

Cado cerró y abrió los ojos y unos puntitos de colores brillantes giraron en su visión.

~¡Príncipe! —repitió Solia con un tono urgente, apremiante—. ¡Hay algo en el camino, detrás de nosotros!

Cado se puso en pie y se volvió para echar un vistazo por la cresta. Distinguió... algo, una forma lejana detrás de la cortina traslúcida, la sombra de una figura recortada sobre el hielo y la nieve que de repente desapareció tras los remolinos blancos.

—¿Otro de esos azyritas?

~No nos hemos cruzado con ninguno, y nadie nos seguía cuando estábamos abajo.

—¿Un fantasma? ¿Un espectro?

~No sabría decirlo. Sea lo que sea está ascendiendo muy rápido. Enseguida nos alcanzará.

—No hay razón para suponer que sabe que estoy aquí o que viene con la intención de hacerme daño.

~No suponerlo no es lo más inteligente. —Solía se quedó callada cuando otra ráfaga de viento glacial azotó la cresta y luego añadió—: Este lugar no me gusta, mi príncipe. Acecha un peligro...

Cado escrutó a través de la ventisca que ocultaba el camino por el que habían llegado allí y luego se dio la vuelta para reanudar la ascensión. La nieve ya cubría el cadáver del mortal desconocido. El viento era más cortante ahora y su aullido le atravesaba los sentidos. Miró atrás varias veces, pero no veía nada aparte de los remolinos de nieve. Siguió con la espada desenfundada a pesar de que el viento tiraba de la hoja. Sintió la presencia de una de las piedras señalizadoras y concentró toda su atención en ella. Continuó avanzando; sus pies hacían crujir la nieve o resbalaban por la roca recubierta de hielo. Pero de repente apareció un barranco delante de él. En ese punto, la cresta describía una curva cerrada y se estrechaba como si fuera el filo de un cuchillo hasta reducirse su amplitud a apenas un par de pasos; además, la pendiente se hacía mucho más pronunciada. Un paso en falso y el vacío lo recibiría con los brazos abiertos. Había unos escalones tallados en la roca, con los bordes cortantes y resbaladizos por el hielo. Lanzó un vistazo atrás, pero el cielo blanco todavía ocultaba el camino.

—¡Ayuda! —oyó gritar al poner el pie en el primer escalón—. ¡Madre! ¡Padre!

Un agudo grito humano de terror llegó desde arriba, lo suficientemente fuerte como para desafiar al viento. Y como había pasado antes, la ventisca se apartó y le permitió entrever una figura aferrada a los escarpados escalones mientras el viento le agitaba la capa marrón. Era más pequeña que el hombre, una mujer más joven, lo bastante fuerte para llegar más arriba, pero no tanto como para desafiar el desprecio de las montañas. Valiente, crédula, estúpida... La muchacha

trataba de seguir subiendo ante la mirada de Cado. El viento la empujó y quedó colgando de las rocas con medio cuerpo fuera.

~Va a caerse...

Cado enfundó la espada y subió varios escalones. Sentía la presencia de Solia como si fuera una mancha detrás de él. El viento lo azotaba, trataba de derribarlo. La mortal gritó cuando lo vio. Se aferraba a los escalones y un hatillo le colgaba del hombro por una cuerda. Un pañuelo con una costra de nieve le cubría la cabeza y solo dejaba a la vista sus ojos, con las pupilas dilatadas rodeadas por los iris azules. Debía de tener veinte años y su corazón le aporreaba el pecho con la fuerza de los truenos.

—¡No te muevas! —gritó Cado, pero el viento se llevó sus palabras.

Tendió la mano hacia ella, mas el viento volvió a zarandear a la joven. Por un breve momento consiguió recuperar el equilibrio, pero volvió a resbalar. Cado se lanzó hacia ella y la agarró por el hombro. Su brazo lo tiró hacia abajo cuando sujetó el peso de la mujer y echó un vistazo al fondo de la caída casi vertical. Había cuerpos en la pared del precipicio con las extremidades enganchadas a las rocas que sobresalían de la superficie, mochilas desgarradas, ropa y comida diseminadas por las piedras cubiertas de hielo. Se rehízo y subió a la mortal a la escalera, donde permaneció tendida y respirando con dificultad.

—Gracias —farfulló acercándose el hatillo. Un amuleto con forma de martillo colgaba de una cadena que le rodeaba la muñeca—. Gracias... Has sido muy amable.

Cado percibió un cambio en el viento, cómo amainaba, y su risa volvió a resonar en sus oídos junto con el crepitar de cadáveres que se asaban.

~¡Cado! ¡Esto no me gusta!

—Nos dijeron que serías amable... —dijo la muchacha.

Había alguien en el camino detrás de él. Cado se volvió empuñando la espada enfundada.

El hombre que había muerto en el camino un poco antes estaba de pie a su espalda, con la capa cubierta de nieve y la cara quemada por el hielo. Tenía los ojos cerrados y sujetaba la diminuta rosa de plata deslustrada.

—Has sido muy amable. —El hombre abrió los ojos. Sus pupilas eran dos explosiones negras sobre un fondo amarillo—. Muy amable, rey Hueco.



CAPÍTULO DOS

Cado se contorsionó para apartarse del hombre recubierto de escarcha y la muchacha sacó un cuchillo del hatillo y le lanzó una puñalada. La afilada hoja era larga y ondulada, una llama forjada en metal. El pudrealmas desenfundó la espada y desvió tarde la acometida. La punta del cuchillo se deslizó por su costado y el dolor se propagó por su cuerpo. Su sangre roció el hielo y un hedor de azúcar quemada y hierro caliente le invadió la boca. Arremetió contra la joven, pero esta esquivó el golpe de un salto y por un momento quedó a merced del viento, agitándose como una cometa con forma humana embestida por una ráfaga. Se tambaleaba sin moverse del sitio mientras el viento la hacía girar, le desgarraba la ropa y le arrancaba trozos de piel; el viento la desplegaba como si fuera un estandarte sangriento. Finalmente afirmó los pies en los escalones y Cado reparó en los músculos fibrosos, la seda azul desplegada y la sonriente máscara de bronce. Toda ella irradiaba calor y el hielo que la recubría se evaporaba. Se tomó un momento para recuperar el equilibrio y se lanzó hacia el rey Hueco. Este detuvo el primer golpe, el segundo y el tercero, todos ellos asestados como un torbellino. El dolor de la herida en el costado

le llegaba a todos los rincones del cuerpo, y ahora tenía un regusto de polvo y ceniza en la garganta.

—Tu fingida compasión me ha conmovido —afirmó el hombre avanzando hacia ellos. La carne de su cuerpo y el tejido de su ropa bullían y despedían un humo grasiento. Debajo había algo más alto, con la piel tirante sobre unos huesos delgados y una boca que era un círculo de dientes blancos, vestido con una túnica de color azafrán y zafiro hinchada por el viento. El tufo de la magia era intenso, amargo y dulce a la vez. El hechicero sujetaba un tarro negro en una mano y la rosa de plata se había fundido en la palma de la otra.

—Estamos aquí para concederte tu deseo, rey Hueco. Somos tu guardia de honor y hemos venido para llevarte hasta la Mano Ardiente. —El hechicero sacudió una mano y el metal fundido voló hacia Cado, estrechándose hasta convertirse en una aguja. Cado se echó hacia atrás, pero la aguja impactó en su mano derecha, con la que empuñaba la espada, y una dolorosa sensación abrasadora le subió por el cuerpo y se sumó al dolor que ya lo torturaba.

La mujer con el cuchillo le asestó una puñalada y Cado la evadió con un giro que lo acercó un poco más al hechicero. Más figuras, siete en total, aparecieron por el borde del precipicio después de ascender por la pared desde las rocas donde habían fingido ser cadáveres destrozados. Una piel falsa se desprendía como si fuera cera derretida y dejaba a la vista unos cuerpos musculosos y unas máscaras sonrientes. En sus manos destellaban varios tipos de armas. La mujer del cuchillo estaba en cuclillas en los escalones, inmóvil salvo por la seda que ondeaba al viento en torno a ella.

—Ya estás quemándote. Pronto solo serás ceniza —espetó el hechicero y levantó el tarro de piedra como si brindara—. Y nosotros te llevaremos hasta ella convertido en polvo.

Cado inspiró y el frío cortante del aire y la tierra lo hinchó. Se tocó el anillo que llevaba en el dedo y Solia se desvaneció. Masculló un conjuro, su cuerpo se disolvió en un remolino de alas y se alzó por el aire convertido en una bandada de murciélagos. El hechicero tendió una mano y un fuego azul con tonos rosados y anaranjados voló hacia Cado. La bandada se dividió y el fuego pasó entre los murciélagos. El rey Hueco oyó las carcajadas en la llamarada y se precipitó

en espiral hacia las figuras enmascaradas, que levantaron sus aceros. La bandada de murciélagos que era Cado pasó junto a ellos, fijó un objetivo y lo envolvió. Un torbellino de alas y dientes afilados rodeó a la figura y desgarró músculos y piel. La figura gritó, arremetiendo en vano con los aceros. La bandada se solidificó con un vertiginoso aleteo y el pudrealmas apareció detrás de ellos. Su espada seccionó la cabeza de la figura desollada con una estocada de revés, de izquierda a derecha, y sintió los temblores de la hoja mientras atravesaba tendones y columna vertebral y salía por el otro lado. Un arco de sangre surcó el aire, carmesí sobre la escarcha y la nieve que caía.

Cado ya se movía cuando el cadáver se estrelló contra el suelo. Asestó otro espadazo y el acero rechinó al impactar contra un hacha barbuda y hundirse en carne y hueso. El mundo se había teñido de rojo y rugía triunfalmente con sus colmillos, una mancha de hierro caliente y chillidos, afilados como cuchillas y con puntas letales. El pudrealmas giraba sobre sí mismo tajando, tan rápido que no daba tiempo al viento a arrancar la sangre de su espada. Una carnicería, siempre era una carnicería, hasta que los cadáveres y los alaridos de los moribundos colmaron el vacío.

Cado ensartó un cuerpo con la espada y se produjo una explosión de fluidos gástricos y sangre. Una espada descendió hacia él y se agachó para evadir el fijo ardiente. A continuación, asestó un espadazo y cerró la mano alrededor de un cuello, partió vértebras con los dedos y se acercó el cuerpo de su víctima hasta pegarse a la máscara con forma de luna torcida a la cara, la observó un instante y le desgarró el cuello con los dientes. Por su garganta se precipitó un caliente chorro de vida y notó el sabor del hierro en la lengua. Su vacío interior aulló.

La joven de los cuchillos se lanzó hacia él como una bailarina. Un salto, un solo salto deslumbrante a través del viento helado, su máscara sonriente y los cuchillos como llamas. Cado giró para encararla y profirió un conjuro. El aire se llenó de sangre y trocitos de carne cuando el hechizo se desplegó desde sus dientes, rojo y devastador. Entonces el aire vibró. El conjuro se agitó y retorció como una serpiente en el fuego.

El hechicero avanzaba con paso lento, moviendo los labios y con los ojos destellantes.

El hechizo de Cado explotó en una nube de polvo azul verdoso.

La joven de los cuchillos aterrizó arremetiéndolo contra él. Cado se movió para evadir los aceros, pero no con la velocidad suficiente, y los filos se deslizaron por su coraza. Sintió en la piel el calor pegajoso e intenso, abrumador. Su rival giró con el cuerpo pegado al suelo, contorsionándose. Las otras cuatro figuras enmascaradas se mantuvieron al margen mientras el hechicero avanzaba. Los cuchillos de la joven bailarina destellaron. Una segunda boca se abrió en el mentón del hechicero mientras la de encima siseaba y arrojaba al aire magia crepitante.

—¡Ah! La bestia que se ocultaba con la capa ensangrentada enseña su rostro... —entonó el hechicero con su boca nueva. La bailarina de los cuchillos arremetió como un torbellino contra Cado, que se vio obligado a descender por los estrechos escalones. Despacio, demasiado despacio. No oía el viento. La nieve y el hielo flotaban en el aire. Una tercera boca se abrió en la mejilla del hechicero—. Este último baile de muerte sangrienta y cuchillo ardiente será el regalo que me haré a mí mismo, un recuerdo que me acompañará toda la vida...

La bailarina de las dagas lanzó una patada al aire arqueando la espalda y los aceros que empuñaba relumbraron cegadoramente. El pesado aire le tiró de los brazos cuando intentó levantar la espada. Fue demasiado lento y la voltereta de la bailarina se transformó en una arremetida letal.

Cado advirtió en los márgenes de su visión un destello plateado y negro.

La punta de una espada atravesó el cuello del hechicero y sus bocas se quedaron inmóviles.

Cado sintió que la magia que ralentizaba sus movimientos se debilitaba. Las dagas de la bailarina descendieron y él blandió la espada para detenerlas. La punta de su acero se hundió en el mentón de su rival y le atravesó el cerebro. Cado extrajo la hoja de la máscara antes de que el cuerpo iniciara la caída.

Las tinieblas rugían en su interior, cortantes e iracundas. Cruzó la cresta helada y atacó al resto de las figuras enmascaradas antes de que pudieran moverse. La primera se desvaneció, levantada del suelo de un puñetazo y descuartizada en el aire al mismo tiempo que Cado

embestía a la siguiente. Arrancó la máscara de la cara de su víctima, y sangre y sesos volaron en todas direcciones cuando arrojó un torso por el precipicio. Quedaban dos, que retrocedían.

El hechicero se sacudía con espasmos y sus bocas tosían sangre mientras sus dedos toqueteaban la hoja que sobresalía de su cuello. La espada salió por un lado de la garganta y la cabeza quedó colgando unida al cuello por una tira de tendón. Detrás del hechicero había una figura femenina que empuñaba una espada, envuelta en una capa negra y carmesí que se agitaba con el viento helado sobre una coraza plateada. Miró a Cado con unos ojos blancos y esbozó una sonrisa afilada.

Cado entrecerró los ojos y en ese momento el hechicero explotó convertido en una masa que se revolvía. Brotaron unos tentáculos de su cuello casi seccionado por completo y su cabeza se fundió con su torso. La seda azul y la piel también se fundieron y se abrieron bocas y ojos por todo su pecho.

—¡Rey Hueco! ¡Rey Hueco! —balbuceó la criatura. Unos arcos azules y rosados salieron disparados como rayos de sus dedos—. ¡Ceniza! Quiere tus cenizas... ¡Y ceniza será tu trono! ¡Todos los tronos caerán! ¡Todos los reinos arderán!

Cado se lanzó hacia la criatura y su espada plateada emitió un destello blanco al clavarle en una de las bocas en el pecho del hechicero. El resto de las bocas gargajearon. Cado hundió hasta el fondo la espada, tiró hacia abajo de ella desgarrando carne y la extrajo. Un chorro de sangre y menudillos se precipitó al suelo. Los restos del hechicero se mantuvieron en pie un momento y luego se derrumbaron; sus extremidades se retorcieron, puso los ojos en blanco y toda la masa se desparramó formando un charco de carne y sangre. Una figura con una armadura plateada se alzaba espada en mano por encima de los restos. Tenía el rostro y el pelo del borde de la capa cubiertos de salpicaduras carmesíes.

—Señor —dijo inclinando la cabeza. Tanto en el gesto como en su voz había un tono de burla.

Cado la observó largamente. El viento había arreciado de nuevo y arrastraba la sangre pendiente abajo y en rachas de escarcha rosada.

—¿Qué haces aquí, Sissendra? —preguntó finalmente.

—No tienes que darme las gracias por haberte ayudado a no acabar convertido en un puñado de ceniza. —Sacudió la sangre que impregnaba su espada con un movimiento fluido y la enfundó. A continuación, se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y se sentó en una piedra en el borde de los escalones de la cresta—. Yo de ti aprovecharía esta oportunidad para alimentarme. —Se acercó la mano derecha a la cara. La sangre se coagulaba en sus dedos. La miró, la lamió y se estremeció—. Teniendo en cuenta a dónde vamos, no creo que vuelvas a encontrar tu presa favorita en algún tiempo. —Se encogió de hombros e hizo el ademán de volver a lamerse los dedos.

Cado le agarró la muñeca y gruñó. Sus ojos eran dos ascuas brillantes.

—¿Qué haces aquí? —masculló.

Sissendra se estremeció con la fuerza de la voluntad que profería la orden y las venas de su brazo se pusieron negras en la zona que le apretaba Cado.

—Estaba buscándote —respondió. Las venas negras ya habían llegado a su cuello y tenía los músculos tensos—. Encontré tu rastro cuando entraste en este inframundo. Tengo un mensaje para ti, de la corte de la Sangre, de la reina.

Cado le soltó la muñeca, dio un paso atrás y lo invadió un frío que no tenía nada que ver con el viento.

—¿Un mensaje?

—Una orden —puntualizó Sissendra, estremeciéndose. Las venas negras de su cuello comenzaban a desaparecer—. La reina quiere verte.

Cado negó con la cabeza y se volvió para pasear la mirada por los restos ensangrentados desparramados por la cresta.

—Me dirijo a Lethis —dijo.

Sissendra rio.

—¿Crees que a alguien le importa tu búsqueda de la Mano Ardiente? Es una petición de tu reina..., una orden de sangre, transmitida a mí y a ti a través de mí.

Esas palabras se introdujeron en el cuerpo y en la sangre de Cado hasta llegar al vacío de su alma.

—No puedes desobedecer una orden de sangre —añadió Sissendra. Soltó otra carcajada y se frotó la muñeca dolorida.

Cado pensó en el rastro que había encontrado y seguido por el reino, los pasos en falso, los retrasos y las distracciones. Una persecución de años, basada en rumores y fragmentos enterrados: Cordia y el largo sueño de encarcelamiento por sus magos dorados; Glimmerheart y el primer rastro real y tangible de la Mano Ardiente en su torre oculta y los ladrones de la verdad. En Aventhis había pagado un precio muy alto, si bien salvar la ciudad de los cosechahuesos y los designios de los Lumineth lo habían conducido hasta un nido de discípulos de la Mano Ardiente y, a partir de ahí, su red de mentiras lo había llevado al camino que ahora recorría en dirección a Lethis. Sabía que estaba a punto de encontrar a su presa. Estaba muy cerca.

—¿Qué quiere?

—¿Crees que yo lo sé? —Sissendra resopló—. Solo estoy aquí porque tú me convertiste y a mí me resultaría más fácil encontrarte que a los demás. Al menos espero que esa sea la única razón...

—Ha pasado...

—¿Un siglo desde que diste la espalda a la corte y dejaste que tu linaje se marchitara? Sí, así es, pero todo tiene un final.

Cado cerró los ojos. Olía la sangre de los mortales masacrados en el aire y sentía cómo la bestia que vivía en su corazón sonreía mostrando los dientes afilados.

—Creías que eras libre —continuó Sissendra—, pero nadie lo es, no en este reino ni en esta era. Solo era cuestión de tiempo. Eres lo que eres, Cado.

Este abrió los ojos.

—La corte de la Sangre está muy lejos —dijo pensando en la gran ciudad que se encontraba muy al sur, al otro lado de numerosos mares y docenas de inframundos—. El viaje hasta Nulahmia será...

—No vamos a Nulahmia —le interrumpió Sissendra. Se puso en pie y se volvió hacia donde el camino y la escalera desaparecían en las nubes de nieve—. La reina ha convocado una corte de los Susurros, Cado. Está cerca.

Cado asimiló esas palabras. Sentía las cadenas que le apretaban las venas y tiraban de él hacia caminos que creía haber dejado atrás.

—Muy bien... —musitó. Dio media vuelta y se acercó al cadáver de uno de los asaltantes que le habían tendido la emboscada. Su calor y su sangre abandonaban el cuerpo lentamente, pero aún había suficiente. Notó la sonrisa de Sissendra mientras lo observaba. Levantó el cadáver. La máscara de bronce que cubría la cabeza que oscilaba en el aire le sonreía burlonamente.

«Tan cerca...», parecía decirle...

Cado abrió la boca y su bestia interior profirió un rugido silencioso de impaciencia y voracidad.

«... y, sin embargo, tan lejos ahora...»

Mordió. La bestia rugió con fuerza dentro de su cabeza y sintió que la sonrisa de Sissendra se ensanchaba mientras él se alimentaba.